

---

## EL DEBATE SOBRE LA HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. José Luis Pinillos Díaz\*

En 1994, tres historiadoras norteamericanas, competentes en sus respectivas especialidades pero no muy conocidas en otros ámbitos, publicaron un libro que pronto las situó en un primer plano de la actualidad cultural. Dos de ellas, Joyce Appleby y Lynn Hunt, enseñaban historia en la UCLA y en la Universidad de Pennsylvania respectivamente, mientras que la tercera, Margaret Jacob, lo hacía en la Nueva Escuela de Investigación Social, de la ciudad de Nueva York. El resultado de su colaboración fue el libro de que voy a hablarles: *Telling the Truth about History*, o sea, *La verdad sobre la historia*<sup>1</sup>.

El título del libro resulta tal vez algo pretencioso, porque comprometerse a decir la verdad acerca de la historia suena a engreimiento. Excepto que si uno pone atención a la portada advierte en seguida que, en el título, la palabra Verdad (*Truth*), aparece ligeramente velada: *sourassée*. Lo cual ya es otra cosa. De hecho, lo que uno comprueba con agrado al leer el libro es que, a pesar de la fuerte presión normalizadora que siempre han ejercido sobre la opinión pública norteamericana sus elites culturales y la Administración, la figura del *dissenter* continúa viva en los Estados Unidos, sigue interviniendo en la vida pública con una independencia y una firmeza admirables. De otra parte, aunque el propósito de la obra sea nada menos que someter a revisión la

---

\* Sesión del día 6 de mayo de 1997.

<sup>1</sup> Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob: *Telling the Truth About History*. W.W. Norton & Company, Nueva York, 1995.

imagen democrática y progresista que los norteamericanos tienen de los Estados Unidos y de sus venerados *Founding Fathers*, es menester hacer notar que esta operación se lleva a cabo en unos términos tan factuales que los hechos se imponen por sí mismos, sin necesidad de que las autoras tengan que emplearse a fondo en defenderlos. Más bien cabe pensar que lo que tengan que defender sea su propia integridad, porque como ya advirtió el autor de nuestro *Teatro Crítico*, P. Feijoo,

[los historiadores] saben que ha de ser mal vista entre los suyos la Historia, si escriben con desengaño. ¿Y quién de corazón tan valiente que se resuelva a tolerar el odio de la propia Nación?

Pues bien, sin presumir de Juanas de Arco, con absoluta sencillez, estas tres bravas universitarias se han atrevido a sacar a la luz pública hechos que la historia patriótica de su país desconocía o, lo que aún sería más grave, mantenía ocultos, *classified*, para uso exclusivo de los iniciados. Tal vez la audacia de estas mujeres se halle atemperada por el hecho de que sus críticas y observaciones van avaladas por datos fiables, difíciles de refutar, y siempre se inscriben en el marco de ese pragmatismo anglosajón tan ducho en el arte del compromiso. Pero en cualquier caso, el propósito de la obra es inequívoco, y su desarrollo muy simple. La primera parte se ocupa, y lo hace muy bien, del absolutismo intelectual y de su influencia en el desarrollo de la historia americana. La segunda describe el desmontaje que se ha producido en este siglo de esa ciencia absolutista, que las autoras llaman «heroica» y, por último, en la parte tercera, tras un análisis de los conceptos de verdad y objetividad en que se apoyaba la historia científica americana, se aboga por una nueva República del Saber más acorde que la Ilustrada con la complejidad epistemológica, tecnológica, social y política del mundo actual, neomoderno para unos, postmoderno para otros.

La obra arranca con una descripción brillante del clima de absolutismo intelectual en el que se escribió la historia de América durante sus dos primeros siglos. A partir de las Luces, se impuso un modelo de ciencia, la mecánica de Newton, bajo cuyos auspicios metodológicos se elaboraron los primeros elementos de la idea de nación que los Estados Unidos asumieron pronto como propia. Después de un severo análisis de la ciencia de la Ilustración, subrayan las autoras que fue precisamente esa ciencia la que, desde el principio, influyó en la forma y contenido de la historia americana. Bajo su influjo, los historiadores de entonces, todavía poco profesionales, desarrollaron una disciplina con pretensiones científicas, centrada sobre una imagen de América democrática y emancipadora, que fue asumida con entusiasmo.

En su empeño por precisar la forma específica mediante la cual la ciencia ilustrada influyó en la historia americana, las autoras del libro utilizan un ejemplo muy sugestivo, que en cierto modo recuerda, aunque en sentido inverso, el utilizado por Spengler a propósito del uso del espacio en la cultura griega. Appelby, Hunt y Jacob ponen en relación la historia científica del siglo XIX —Ranke, el positivismo histórico, la historia de hechos y demás— con la idea de tiempo absoluto que se manejaba en la física de Newton. Desde su entrada en la modernidad, advierten, Occidente dio siempre por supuesto que el tiempo de todos los pueblos de la tierra era el mismo que el suyo, es decir, asumió que el tiempo era un continuo universal del que todos los seres humanos tienen la misma experiencia. La hora podría ser distinta en Tokio que en Teherán, pero el concepto de tiempo es igual en todas partes. En realidad, este tiempo neutral y vacío es un postulado de la física newtoniana, pero no de la teoría de la relatividad, ni tampoco coincide con la experiencia del tiempo de todas las culturas. El tiempo de la modernidad es lineal, secular y universal; no es cíclico, no es religioso ni local, ni particular de una época o de una cultura. El tiempo occidental es, en suma, regular, homogéneo, tiene una dirección única y es acumulativo. Se trata de un tiempo adecuado al imperialismo de la Europa moderna y a su modelo de ciencia, pero no a la experiencia de otras épocas o civilizaciones.

En otras palabras, la tesis de *La verdad sobre la historia*, es que la forma en que este concepto newtoniano del tiempo ha incidido en la historia de los Estados Unidos, consiste en no haber dejado espacio para la apreciación del pasado en sus propios términos. De hecho, esta normalización de la idea de tiempo, por virtud de la cual el futuro invade el pasado, fue común a las tres grandes corrientes que mayor influencia tuvieron en la historiografía norteamericana de finales del siglo y de la primera mitad del nuestro, o sea, el marxismo, la escuela de los Anales y la teoría de la Modernización. Tres corrientes que, aunque potentes y valiosas en el pasado no se acompañan ya con el espíritu revisionista y multicultural de este fin de milenio. A través de distintas formas de mediación, estas tres corrientes históricas habrían contribuido a depositar en la mente americana la creencia triunfalista en una especial aptitud del país para promover y liderar el progreso de la humanidad. Una creencia, en fin, que es la que justamente en este libro se somete a una inmisericorde revisión.

Como representante maduro, pero ya tardío, de este género científico-histórico-patriótico proponen las autoras a Andrew Dickson White, uno de los fundadores de la Universidad de Cornell, que en una obra ya clásica narra la heroica guerra de la ciencia con la teología durante la cristiandad<sup>2</sup>. White celebra

---

<sup>2</sup> Andrew Dickson White, *A History of the Warfare of Science with Theology in Christendom*, 1896.

las extraordinarias hazañas realizadas por las grandes figuras de la ciencia moderna como Galileo, Descartes, Boyle o Newton para llevar la luz de la razón a las tinieblas en que había sumido a Occidente la teología medieval. Es una historia de genios y héroes del saber, al modo de esa gran narrativa de la Ilustración cuyo fallecimiento ha certificado Lyotard, en la que unos esforzados pioneros del conocimiento logran por fin, tras graves riesgos y sinsabores, redimir a la humanidad de su culpable ignorancia. Se trata, en definitiva, de una historia emancipadora algo romántica, en la que los Estados Unidos, huelga decirlo, son los llamados a encabezar la renovación científica y moral de la humanidad.

Pues bien, lo que subrayan nuestras tres autoras es que ese género histórico fue el que contribuyó básicamente a configurar y dar forma a la nación americana. En efecto, cuando los Estados Unidos conquistaron su independencia como nación en 1776, hacía ya casi un siglo que Newton había publicado sus más que célebres *Principia*. Lo cual significaba que, para entonces, la historia americana había dejado ya de ser un mero depósito de sucesos o acontecimientos pasados, para constituirse como parte de una cultura impregnada del espíritu científico de la época. En este proceso de transición de la simple crónica a la ciencia social, la historia se había lanzado ya a investigar la lógica subyacente al desarrollo de los pueblos y, por tanto, contaba con claves para interpretar el sentido de la historia, esto es, la dirección que las sociedades modernas habrían de tomar en el futuro. Por lo demás, este combinado de historia y ciencia que, como decimos, servía ya de orientación sobre el futuro del desarrollo humano, se asoció con otra fuerza asimismo moderna: la nación. A la postre, la idea de nación acabó formando una tríada con la historia y la ciencia, lo cual contribuyó activamente a propagar la imagen triunfadora y optimista que los norteamericanos todavía poseen de sí mismos. La historia constituyó realmente un elemento configurador de la nación americana, en el sentido de que reafirmó el patriotismo de unas gentes que estaban ya orgullosas de la grandeza geográfica y de la creciente potencia económica de su país. La amplitud de horizontes de la tierra americana, el espíritu de Frontera, la potencia de la agricultura y de las nuevas ciudades industriales, la democracia y otros cualidades similares fueron idealizadas y reforzadas por una historia científica que, sin embargo, omitía o disimulaba todo cuanto pudiera enturbiar la inmaculada imagen del país.

Como antropólogos y sociólogos han hecho notar repetidamente<sup>3</sup>, toda institución o país que pretenda perpetuarse necesita controlar la memoria

---

<sup>3</sup> Mary Douglas, *How Institutions Think*. Syracuse, Nueva York, 1982. Cf. asimismo Paul Connerton, *How societies remember*. Cambridge University Press 1989.

de sus miembros, esto es, ha de lograr que se olviden o redefinan las experiencias incompatibles con la imagen ideal que representa el sistema. Por supuesto, esa manera de reducir las disonancias cognitivas y afectivas no es un vicio exclusivo de los historiadores americanos. Se trata de una vieja debilidad de los historiadores, de la que ya Voltaire acusaba a Bossuet, y mucho antes Plutarco había atribuido a Herodoto. Pero es menester decir que, con independencia de los historiadores y quizá antes que ellos, cuando se veían cogidos entre dos fuegos —libertad e igual por un lado, esclavitud y racismo por otro—, los políticos americanos utilizaron para salir del paso ese viejísimo mecanismo de defensa que consiste en dar una de cal y otra de arena.

Ya inmediatamente antes de la Independencia, uno de sus promotores, Benjamin Franklin, aun reconociendo que la inferioridad de los negros era puramente cultural y remediable, no se privó de expresar la esperanza de que América fuese un dominio blanco:

«¿Por qué incrementar el número de los hijos de Africa, estableciéndolos en América, cuando tenemos una oportunidad tan razonable de excluir a todos los negros y tostados, para aumentar así los adorables blancos y rojos»<sup>4</sup>.

Thomas Jefferson, a pesar de ser el gran promotor de la Ilustración americana y de concebir América como el imperio de la libertad, no tuvo empucho alguno en poseer esclavos y en pronunciarse por la inferioridad biológica de los negros:

«Aunque sólo como una sospecha, presumo que sean una raza originaria o hechos distintos por el tiempo y las circunstancias, los negros son inferiores a los blancos en sus dotes corporales y mentales».

Jefferson resolvió de momento el problema dejando la cuestión de la esclavitud aparcada en una especie de limbo conceptual. Luego, al ser incapaces de expulsar a los afroamericanos, como Jefferson había deseado, los árbitros de la nueva comunidad nacional decidieron hacerlos invisibles. El *cant* inglés ayudó establecer una imagen del país expurgada de contradicciones embarazosas, aunque a la larga —porque los dedos del tiempo llegan muy lejos— ello no haya logrado impedir la reaparición de los viejos fantasmas<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> Benjamin Franklin, *Observations Concerning the Increase of Mankind*, 1751.

<sup>5</sup> Este punto no se trata a fondo en *La verdad sobre la historia*, pero está bastante bien documentado en el libro de Stephen Jay Gould, *The Mismeasure of Man*. Norton & Company, Nueva York, 1981.

Es cierto que la historia americana del siglo XIX olvidó o se desentendió de los acontecimientos que no encajaban con el modelo de nación moderna en que se estaban el país. Igual que los políticos, los historiadores advirtieron que ciertos rescoldos del pasado no se compaginaban bien con los imperativos desarrollistas que exigía la construcción de una nación gigante como iban camino de ser los Estados Unidos. Más aún, la tesis del libro es que la historia americana del siglo pasado fue uno de los principales elementos moldeadores de esta maquillada identidad nacional. Realmente, cada vez era más claro que la realidad social americana era no se acomodaba a la exigida por los ideales fundacionales de igualdad y libertad. Esta tensión interna nunca abandonó a los prohombres de la Unión, y hasta un Abraham Lincoln, tan abolicionista y tan respetuoso con los antiguos esclavos, siguió pensando que existía una diferencia física entre los blancos y los negros que siempre impediría que las dos razas convivieran en términos de igualdad social y política<sup>6</sup>. Este problema, como digo, venía ya de antiguo, y contribuyó a que las elites americanas pusieran tanto empeño en que el patriotismo y la iniciativa social actuaran a través de una normalización dirigida desde arriba.

De hecho, ya James Madison, el cuarto Presidente de los Estados Unidos, advirtió en 1793 un peligro que confirmaría poco después Tocqueville. Madison, considerado como uno de los *Founding Fathers*, había prevenido a los miembros de la Unión contra la «radical desintegración de América» que podrían generar las contradicciones existentes entre los ideales y la práctica de la vida americana. Luego, sin embargo, cayó en la cuenta del riesgo no menos grave que supondría exagerar la idea de unidad. De ahí su célebre aforismo: «la censura debe ejercerlo el pueblo sobre el gobierno y no el gobierno sobre el pueblo». Madison cumplió con el precepto durante su mandato, pero no puede decirse lo mismo de lo que ocurrió después. Durante el siglo XIX, los historiadores cargaron tanto la mano en la formación del «espíritu nacional», es decir, insistieron de tal modo en que la opinión pública y la acción privada deberían actuar a través de las elites económicas, intelectuales y políticas del país que, en la práctica, le hicieron la cirugía estética a todo aquello que pudiera menoscabar la credibilidad de su proyecto.

De este sutil pero peligroso sesgo antidemocrático contra el que Madison previno a los americanos, se percató algo más tarde, pero con gran claridad y profundidad, Alexis de Tocqueville. En su obra *De la démocratie* (1835-1840), Tocqueville advirtió que el empeño en modelar a cualquier precio la

---

<sup>6</sup> *Lincoln-Douglas debates*, 1858.

opinión pública de acuerdo con un proyecto de país libre de contradicciones había debilitado la capacidad de los individuos para actuar con libertad, según su propia conciencia, sin tener que atenerse necesariamente a las directrices del gobierno de la nación.

Más o menos por las mismas fechas, George Bancroft, quizá el primer historiador importante de la Unión, fue una de las personalidades que contribuyó en gran medida a este proceso normalizador de la opinión pública. Los diez volúmenes de su *Historia de los Estados Unidos*, publicados a lo largo de 40 años, de 1834 a 1874, constituyeron un acontecimiento en la vida política americana. Bancroft descuidó quizás los aspectos económicos y sociales del desarrollo americano y atendió más a los políticos y militares. Es decir, llamó la atención sobre la importancia que la Frontera había tenido en la formación del carácter americano, pero sobre todo su gran preocupación fue demostrar en todo momento que la historia de los Estados Unidos estaba radicalmente impregnada de un espíritu democrático universal como jamás había existido otro.

Por supuesto, después de la consagración histórica de semejante *grandeur*, a las siguientes generaciones de americanos se les hizo ya cuesta arriba aceptar otras imágenes más modestas o más molestas de su pasado. En el tiempo de Bancroft —dos generaciones posterior a la de la Revolución—, los americanos empezaron a definir su país en unos términos prácticos, de libertades y de avances económicos concretos, muy distantes de las ideologías sociales vigente en Europa. Ello supuso una cierta decadencia artística y literaria del país, pero a la vez reforzó la idea de que América estaba llamada a liberar el mundo. Una idea que, dicho sea de paso, ayudaba a justificar ciertos males que a la larga el triunfo americano se encargaría de remediar.

Naturalmente, esta búsqueda ideal de un sentido histórico emancipador tropezaba cada vez más con la dura realidad de la discriminación. Por ejemplo, a la vez que el *establishment* defendía legalmente el abolicionismo, los libros escolares pintaban a los negros como unos brutos que de humano tenían poco más que la forma. A la hora de hacer frente a estos contundentes contrastes, las elites americanas adoptaron posturas diversas que iban desde el cinismo y la brutalidad descarada hasta el más indirecto tira y afloja de la hipocresía burguesa. Pero de todos modos, la incompatibilidad entre los ideales de libertad e igualdad que caracterizaban la imagen de América, y la idea que los blancos tenían de los negros —no digamos el trato que les daban— fue haciéndose cada vez más visible, hasta engendrar a la postre las profundas tensiones étnicas o claramente raciales que se han producido en nuestro siglo.

Ya en pleno *fin-de-siècle*, se acentuaron los esfuerzos por desarrollar una imagen romántica y legendaria de la genuina América. Quien exaltó al máximo estos ideales fue el historiador Frederick Jackson Turner (1861-1932), con su teoría de que la experiencia de la Frontera había ejercido una profunda influencia en la formación del carácter americano y de sus instituciones democráticas. En un importante ensayo sobre el «Significado de la frontera en la historia de América» («The Significance of the Frontier in American History» 1893), Turner sostuvo, en efecto, que el factor decisivo en la forja del carácter americano había sido la Frontera, o sea, la conquista del Oeste. Ahí es donde, a su juicio, se gestaron las virtudes básicas del americano: confianza en sí mismo, energía incansable, individualismo, iniciativa, valor y fidelidad a la palabra dada, todo ello unido a un intenso pragmatismo. El libro más importante de Turner fue *La Frontera en la historia Americana* (1920), donde el «desalojo» de los indios, debido a su feroz salvajismo, constituía la clave del progreso que encarnaba la nación norteamericana en su cruzada democrática mundial. De algún modo, la historia narrada por Turner constituía una forma expeditiva de implementar la idea universalista de la civilización que había defendido Mirabeau en el siglo de las Luces. Con ella se legitimaba de paso la voluntad de dominio que se había adueñado de América al filo del siglo xx.

Por supuesto —y siempre según las autoras de *La verdad sobre la historia*—, junto a la idea de Frontera, otros factores entraron luego en liza, con el fin de perfilar una imagen de los Estados Unidos más fácil de digerir que la propuesta por Turner. La política norteamericana estaba fundada sobre la doctrina de que todos los hombres nacen iguales y han sido dotados por el Creador de ciertos derechos inalienables. Una doctrina laudable, excepto que incompatible con la esclavitud, con la eliminación de los indios y con el trato que pronto empezaría a darse a los emigrantes europeos.

En una palabra, a principios de este siglo era ya más que evidente que ciertos hechos irrefragables (linchamientos, exterminio de los indios, discriminación de los emigrantes) no se compaginaban con la imagen de América que habían construido los historiadores del siglo xix. La imagen de América elaborada por la historia científica del siglo xix se había sobrepuesto, o más bien había tapado el recuerdo de otra anterior: la de aquel puñado de humildes peregrinos que habían llegado a América en el *Mayflower*, y poco después, para construir una especie de nueva ciudad de Dios que edificase espiritualmente a sus hermanos de Europa. En su lugar, los historiadores habrían optado por la imagen de una América joven, democrática y poderosa, destinada a marcar el paso de la historia, como líder del progreso y la democracia universal.

La cuestión es, como advierten Appelby, Hunt y Jacob, que esta unión del nacionalismo y de la ciencia en una democracia era un ideal que sólo podía mantenerse mientras la búsqueda del significado y la búsqueda de la verdad desembocaran en la misma comprensión de la realidad, esto es, no chocaran entre sí. El cambio de la imagen originaria por la nueva se produjo cuando el espíritu de la Independencia, el del 4 de julio de 1776, fue reemplazado por el absolutismo intelectual o, si se prefiere, por los gérmenes imperialistas de la Constitución americana redactada once años después, entre el 25 de mayo y el 17 de septiembre de 1787.

La Guerra de Secesión y los problemas que luego planteó la abolición de la esclavitud —la Ley de Lynch se aplicó a miles de negros desde 1877 hasta los comienzos del siglo xx— o el «desalojo» de los indios de sus territorios, o el problema del trato dado a los inmigrantes fueron cuestiones sumamente graves que pusieron al rojo vivo la contradicción entre los ideales emancipadores, expresados originariamente en la Declaración de la Independencia y la realidad política fijada luego en la Constitución, aunque ciertamente no fueron los únicos problemas que actuaron de catalizadores de la crítica.

Concretamente, desde 1870 hasta el comienzo de la Guerra Europea, gentes de Grecia, Italia, Irlanda, Croacia, Serbia, Alemania, los Países Bálticos, Polonia y Rusia emigraron a Norteamérica en una progresión creciente: quince millones desde 1900 hasta 1914. Muchos de los recién llegados eran católicos o judíos, es decir, seres cuyas costumbres y convicciones molestaban a los protestantes americanos. Para los WASP ( White Anglo-Saxon Protestants) la llegada de estas gentes representaba una amenaza de mestizaje que era menester combatir con medidas que frenaran la inmigración. Por supuesto, se tomaron; y una de ellas consistió en declarar débiles mentales a los inmigrantes que no entendían el idioma inglés en que estaban redactados los *tests* de selección que se les aplicaban en la aduana.

En suma, a través de un complejo proceso que desborda los límites de esta ponencia, el racismo, los linchamientos, la eliminación de los indios o el trato discriminatorio a los emigrantes se oponían de tal modo a la imagen de América como cuna de la libertad y de un espíritu cristiano que, a la postre, se alzaron voces discrepantes. La de Charles Beard fue una de las primeras en iniciar la revisión de la historia nacional heroica, entonces vigente. Lo hizo con objetividad y dureza en *Una interpretación económica de la Constitución de los Estados Unidos* (1913), que fue seguida de *Los orígenes económicos de la democracia jeffersoniana* (1915).

Con sus investigaciones, parece que este gran historiador americano desmontó el pedestal de honorabilidad sobre el que se erguían las intocables

figuras de los Padres Fundadores, bastante posteriores, por lo demás, a los Padres Peregrinos. Según se nos dice, Beard demostró cómo algunos de estos miembros de la Convención Constitucional Americana de 1787 habían hecho uso de su posición y de lo que hoy llamaríamos información privilegiada para obtener pingües ganancias. Fuera como fuese, el hecho que interesa resaltar es que Beard estableció una separación tajante entre la Declaración de Independencia y la Constitución, en el sentido de que esta última era un documento reaccionario calculado para frenar las genuinas fuerzas democráticas surgidas de la Revolución.

Beard y su mujer Mary Ritter escribieron después una amplia historia de los Estados Unidos, *El nacimiento de la civilización americana* (1927), poniendo al descubierto el poder real de las fuerzas económicas que, durante mucho tiempo, habían logrado ocultarse tras la retórica de una historia patriótica, científica y democrática. Beard continuó su trayectoria de historiador social de Norteamérica con varias obras más —entre ellas, *El espíritu americano* (1942)— pero en esta etapa de exaltación patriótica el tono iconoclasta de su crítica era inoportuno y le hizo perder en buena parte la estima de la opinión pública.

A principios de los años 30, poco después de la depresión del 29, Perry Miller, un historiador americano más joven que Beard, llevó a cabo unas investigaciones que arrojaron nueva luz sobre el asunto. Miller se dedicó a estudiar la América colonial, independientemente de su posterior conexión con los Estados Unidos. Como objetivo de su trabajo, eligió un grupo de colonizadores puritanos, de trato realmente nada fácil, pero que habían sido portadores de un importante mensaje espiritual sobre el sentido del asentamiento inglés en el Nuevo Mundo. Un mensaje que definitivamente difería de la apoteosis del poder de la América de la Frontera, «the ruling and compulsive power of the frontier», contada y cantada por Turner al hilo de la expansión norteamericana de los años 20.

Sin tocar el tema del materialismo histórico, Miller subrayó la importancia de las ideas y de la acción moral en la historia, anteponiéndolas claramente a los factores de dominio económico y político que estaban imponiéndose en América. Al rechazar la idea de que los intereses económicos y la fuerza material eran los factores que dirigían el cambio social, Miller pidió a los historiadores que profundizaran en las motivaciones e incentivos de otro tipo que contenía la historia de los Estados Unidos.

Por descontado, la propuesta de Miller no se aceptó en los términos cristianos que proponía su autor. Miller había recordado que aunque la experiencia de los peregrinos tenía poco que decir sobre el progreso, contenía otras verdades sobre la vida humana, sobre la decencia, la aceptación del fracaso y de

la muerte y del éxito de los enemigos que también formaban parte de la historia americana.

La verdad es que, de momento, Norteamérica no aceptó el envite religioso y moral de Miller. Sólo que, y esto conviene recalcarlo, acontecimientos posteriores como la descolonización, el Holocausto, los movimientos feministas y étnicos, la Guerra de Vietnam o la rebelión universitaria sensibilizaron moralmente a la opinión pública y, a la postre, algunos investigadores se decidieron a emprender una revisión a fondo de la historia americana, quizá para devolverla los principios morales que la habían animado en un principio.

De esta revisión, hecha ya con la metodología y el espíritu de una ciencia social no elitista, salió una cruda y dura verdad. Investigadores e intelectuales y, por supuesto, las iglesias y el mundo universitario tuvieron que hacer frente al hecho de que los puritanos, los *Pilgrim Fathers* que desembarcaron en Nueva Inglaterra en el siglo xvii no eran los Padres de la América de la Frontera propagada por la historia del siglo xix. La misión originaria de los Padres Peregrinos había consistido más bien en restaurar la unidad y la pureza de la cristiandad. No fueron ellos, por supuesto, ni los protagonistas de la Declaración de la Independencia, quienes provocaron el cambio de agujas que llevó a los Estados Unidos por la vía político-económica que hoy circula. Fueron los Padres Fundadores, los venerados *Founding Fathers*, quienes a juicio de Appleby, Hunt y Jacob dieron el golpe de timón que cambió el rumbo de los Estados Unidos hacia las metas que hoy persigue. Fue en la Constitución que se redactó once años después de la Declaración de la Independencia donde la imagen de América cobró un tono hegemónico muy diferente del originario. Y no tanto porque ese cambio se hiciese en función de un proyecto de futuro a largo plazo, bien meditado, sino más bien como fruto de las múltiples incidencias a que los Padres de la Patria tuvieron que atender en su tiempo. La nueva imagen se integró en la tríada «historia-ciencia heroica-nación», y prosperó de la mano de los grandes relatos universalistas del siglo xix, pero entró en quiebra cuando la ciencia de la modernidad, es decir, newtoniana perdió su carácter absoluto y dejó de ser válida para el mundo de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño. Entonces, y en virtud de un conjunto de circunstancias que no es posible especificar aquí, la historia entró en el juego de la contextualización de los problemas. El contexto dominante en aquel momento —la nueva sociedad de masas, el *boom* demográfico de la postguerra, la caída del modernismo— no era precisamente favorable al elitismo que había puesto la dirección de la Universidad en manos de los *WASP*. Con ello, la orientación de la historia americana cambió de signo, dejó de ser «heroica» para hacerse social.

En definitiva, la línea teórica que adoptaron los nuevos historiadores se acompañó al aumento numérico y a la composición social del alumnado. La onda del cambio se hizo notar hasta en recintos tan exclusivos como Harvard. Por ejemplo, Stephen Jay Gould, profesor de geología, biología e historia de la ciencia en esa Universidad, explicó en el *El hombre mal medido* cómo la craneometría del siglo pasado sirvió de arma política para «demostrar» la inferioridad mental de los negros: una línea de trabajo que luego encontró continuadores en la psicometría de este siglo<sup>7</sup>.

En fin, para resumir la historia, nos permitiremos recordar que a consecuencia de la llamada la expansión post-Sputnik de los años 50 y 60, no sólo aconteció que el número de los doctores en Historia casi se cuadruplicó (pasó de 29 en 1950, a 137 en 1970 y a 192 en 1989), sino que también la descodificación del pasado experimentó cambios cualitativos importantes. Muchos de los doctorandos eran hijos o nietos de inmigrantes, es decir, eran personas deseosas de averiguar cómo habían sido las cosas en la época anterior y cuáles las causas que les habían facilitado a ellos un privilegio que a sus antepasados se les había negado. Algunos de los nuevos doctorandos eran negros, otros mujeres, o pertenecientes a grupos con una largo pasado de marginación. Todo ello contribuyó, ni que decir tiene, al cambio de la historia americana.

Por otro lado, justo en los años de Berkeley y del Mayo francés, del *black power*, de los derechos civiles, del feminismo y de los hippies, hizo crisis la conciencia heroica que había inspirado a historiadores como Andrew Dickson White en 1890. Apareció una generación de hombres y mujeres que procedían de escuelas parroquiales y públicas, de padres que habían hecho el servicio militar como soldados rasos, o que eran inmigrantes o hijos de inmigrantes pobres. Al escepticismo con que estas gentes percibían ya la cultura elitista, se añadió el ambiente de protesta del momento y el desarrollo de unos métodos de investigación social, donde el protagonismo a lo Carlyle de las grandes figuras históricas quedaba sepultado bajo montañas de estadísticas y datos demográficos, sociológicos y económicos. En definitiva, los nuevos historiadores estaban más interesados en escribir una historia verdadera que en preservar la verdad de la historia.

Nacida bajo la amenaza de la bomba y de la guerra fría, la generación de los 60 adoptó una actitud ante la ciencia muy distinta de la mantenida por las generaciones anteriores. Frente a la llamada *historia interna*, o historia euclídea de la ciencia, los nuevos historiadores adoptaron un punto de vista *ex-*

---

<sup>7</sup> Cf. R. Herrnstein and Ch. Murray. *The Bell Curve*. Nueva Yor, The Free Press, 1994.

*terno*, contextualista diríamos hoy. El resultado fue una reevaluación de la historia científica, de la que ni siquiera salió indemne el perfil intelectual de Newton. En el contexto de la postguerra, los cambios demográficos y estructurales provocaron la decepción de una buena parte de la Universidad, respecto del proyecto de la Ilustración sostenido con gran vigor en América desde Jefferson, y defendido ya *in extremis* por Allan Bloom en *El cierre de la mente americana* (1987), como no hace mucho ha puntualizado Willian Spanos<sup>8</sup>.

De hecho, en el último cuarto del siglo xx, el gran relato ilustrado de la visión desinteresada, sin trabas, *value-free*, imparcial, libre de supersticiones e ignorancias, y siempre al servicio del progreso humano ha perdido credibilidad, junto con la idea de progreso, en una porción cada vez más significativa de la opinión pública de los Estados Unidos. En el siglo que ahora acaba, los hechos que desmienten la neutralidad de la práctica científica son tantos y de tal volumen que han asestado un golpe mortal a lo que en su tiempo fue una fe inocente en el progreso. El nuevo pensamiento crítico ha pasado de ver la ciencia y la tecnología como empresas al servicio de la humanidad, a considerarlas como disciplinas cuyos contenidos y aplicaciones responden al interés de los gobiernos, de los proyectos militares, de las empresas privadas o, más en general, de las necesidades del hombre occidental, pero no las de la mujer, vaya por caso, o de las del tercer mundo.

En suma, estos universitarios se enfrentaron con los problemas de la historia desde unas biografías, un trasfondo social y unas actitudes muy diferentes de las preconizadas por la ciencia de la Ilustración y por el elitismo modernista de la burguesía. La historia tomó con ellos un cariz social, en el sentido que el estudio de las grandes figuras fue substituido por una investigación social que tenía en cuenta elementos tales como el análisis demográfico de los nacimientos y defunciones, los certificados de matrimonio, los títulos de propiedad, los ingresos económicos de los trabajadores, los problemas de la vivienda y una inmensa cantidad de documentos similares depositados en los archivos de la Administración. Su explotación estadística puso al descubierto la existencia de una trama oculta que había pasado desapercibida para la historia anterior. En auxilio de esta opción, que precisaba de una estadística de grandes números, vino el ordenador. La historia se llenó así de medias, medianas, sigmas, coeficientes de correlación y análisis de varianza, con gran disgusto y escándalo de los que no veían en ello más que una deshumanización de la historia y una total pérdida de su sentido.

---

<sup>8</sup> William V. Spanos, *The End of Education. Toward Posthumanism*. University of Minnesota Press, 1993.

No obstante, afirman las autoras de *La verdad sobre la Historia*, pese a las críticas con que fue acogida, en la nueva manera de entender la historia había vida y sentido: era una manera de poner al descubierto la trama oculta que había tapado la retórica anterior. Se incorporaron así a la historia unos grupos humanos ignorados hasta entonces. Merced a esta nueva manera de historiar, irlandeses, hispanos, italianos, negros y asiáticos, judíos, mujeres y otras minorías marginadas dejaron de ser meros comparsas de la historia de otros y se reconocieron a sí mismos como miembros activos de la sociedad. En definitiva, la imagen de América que surgió de esta historia social fue bien distinta de la propagada por los historiadores burgueses del XIX. De algún modo, esta nueva historia de América se había acercado al idealismo moral de Perry Miller. En suma, de las promociones contestatarias de los años 60 ha salido el profesorado numerario, *with tenure*, que ocupa ahora las cátedras y la dirección de los Departamentos de historia, que dirige las tesis, orienta los planes de enseñanza, está al frente de las revistas y lleva la voz cantante en las publicaciones de la materia. Durante el siglo XIX y parte del actual, inspirados por la ciencia moderna «clásica», los historiadores aún trataron de encontrar las leyes del desarrollo social. Comte y la ley de los tres estados, el materialismo histórico, el historicismo fueron los inspiradores principales de semejante planteamiento. Incluso la crítica progresista de la primera mitad de este siglo, desde Charles Beard hasta la nueva historia social de los años 60, se siguió haciendo con una metodología inspirada en esas corrientes. Luego, después de la II Guerra Mundial, la entrada en escena de los ordenadores facilitó el desarrollo de una historia social alimentada por millones de datos. Con ella, se rompieron definitivamente los moldes en que se habían fraguado la historia patriótica y los ídolos de la nación. El resultado fue el descubrimiento de una serie de hechos de la vida norteamericana, que la historia anterior no había tenido en cuenta o había ocultado. Ello provocó una fuerte reacción crítica de las fuerzas conservadoras de la comunidad universitaria, pero no pudo evitar que la situación anterior se resquebrajara.

Por supuesto, el desvelamiento de las conexiones entre el *status quo* y la historia patriótica del país provocó la ira de muchos. Se dijo que esas acusaciones no eran y sino producto del resentimiento de un profesorado cuyos valores antiamericanos se formaron durante los horribles años sesenta. Uno de los temas que produjo una especial irritación fue el descubrimiento de que los ideales de los héroes de la Independencia no eran los que luego depositaron los *Founding Fathers* en la Constitución de los Estados Unidos. Sólo que como oportunamente se hace notar en el libro que estamos comentando, también es cierto que los Padres Fundadores no tenían la visión de futuro, la clarividencia que luego se les ha atribuido. Eran hombres de su tiempo, muy pendientes de las contingencias de su época, y se movían, igual que nosotros por intereses inmediatos, cuyas consecuencias a largo plazo no podían prever. En suma, la inscripción de estos hombres en el

contexto de su tiempo redujo quizá su estatura moral, pero los eximió de muchas responsabilidades. Su pretendido protagonismo en la gran narrativa del progreso, según la cual los Estados Unidos estaban predestinados desde sus orígenes a llevar la antorcha de la libertad y del progreso a toda la humanidad, fue más bien un eco de las corrientes de opinión que se formaban en la vida americana.

A la postre, la confianza en la objetividad de la historia y sus leyes científicas ha sido reemplazada por un creciente escepticismo, que pone en duda la capacidad de prever y controlar el futuro. De otra parte, a la vista de lo que pasa en el mundo la gente va dejando de creer en que la ciencia y el progreso traerán a la tierra la felicidad completa. El que fuera presidente de Harvard, James Conant, un químico implicado en el programa de la bomba atómica, todavía creía en la posibilidad de revitalizar una ciencia que, aunque comportaba costes humanos negativos, había promovido unos incomparables niveles de bienestar, desconocidos en la historia del hombre.

Iroshima marcó, sin embargo, un cambio radical en esa actitud veneradora del progreso. A la par del miedo a la guerra atómica, surgieron el temor de la contaminación y de la degradación del medio ambiente. Con la II Guerra Mundial, la situación había variado drásticamente. Todo lo que admiraran Conant y su generación, su pretensión de que la historia de la ciencia podría asumir el papel de «maestra de la vida», es decir, sirviese como ejemplo de racionalidad, de objetividad y de progreso indefinido, se vino abajo estrepitosamente. Por si las inmensas destrucciones que la ciencia había contribuido a cometer y la sorda amenaza de la guerra fría no fueran suficientes, la teoría kuhniana de los paradigmas puso en duda la racionalidad absoluta de la ciencia. A partir de entonces, sobre la condición emancipadora del progreso se cernió una espesa nube de sospechas.

Influidos por esta decepción general, los historiadores de los años 60 comenzaron a dudar del modelo científico que había inspirado las investigaciones anteriores, y trataron de ver el pasado desde una óptica distinta. Al hacerlo, se encontraron con un panorama muy diferente del que se había dado por definitivo en la etapa anterior. Hallaron, por ejemplo, que la objetividad de la historia «científica» había sido la apropiada para sostener el dominio del hombre blanco occidental sobre la mujer y las razas de color. Asimismo cayeron en la cuenta de que los procesos sociales y la propia experiencia humana tenían un margen de indeterminación mucho mayor de lo que era posible pensar en el marco de una ciencia determinista. En una palabra, la complejidad y la ambivalencia del mundo real hallaron cada vez más eco y cabida frente a las firmes convicciones deterministas de la ciencia anterior. La iniciativa, la contingencia de las cosas hu-

manas, el azar, los caminos dejados a un lado, en suma, temas que un día estuvieron reservados a la fantasía de los novelistas, de los poetas o de los historiadores románticos volvieron a intrigar a los historiadores profesionales. La nariz de Cleopatra regresó de nuevo a las aulas y seminarios de las Universidades, y todo ello repercutió en una creciente aceptación de la complejidad de la historia, de su carácter multicultural y abierto.

De otra parte, en contra de lo que habían mantenido las democracias, se descubrió también que la ciencia nazi no había sido una pseudo-ciencia, sino una ciencia que había servido de forma sumamente eficaz a las necesidades militares e ideológicas de Alemania. Había sido moralmente detestable, pero eficaz en muchos aspectos: por ejemplo, en el campo de los misiles. La conclusión fue, en definitiva, que la ciencia no estaba ligada de forma esencial y necesaria al desarrollo moral del hombre. A la vista de ello, hubo quien pensó que si la ciencia no era lo que parecía ser, la única salida que quedaba abierta era la del relativismo. Una salida que, al cerrar el acceso a la verdad, hacía inviable la elección entre el bien y el mal y dejaba al mundo sumido en el nihilismo, precipitándose en el caos.

Al llegar a este punto, y a la vista de que movimientos como el postmodernismo no se arredaban ante esas perspectivas, parece que las tres profesoras de nuestra historia hicieron un alto en su discurso crítico. O dicho de otra forma, echaron mano de ese realismo práctico que guarda en la mochila todo americano, y trataron de salvar del naufragio postmoderno los valores fundamentales de la vida americana.

El relativismo, alegaron, no es la única opción con que cuenta el mundo, ni lo es tampoco el nihilismo. El hecho de que la ciencia tenga una historia con altibajos y momentos oscuros no significa el fin de la verdad. El postmodernismo y su teoría del fin de la modernidad son susceptibles de una refutación, porque la verdad y la objetividad son rescatables. Al fin y al cabo, si se mira bien, la historia social no rechaza las ideas de objetividad y verdad; simplemente critica su mal empleo, su utilización al servicio de intereses bastardos. No es cierto, pues, que la historia tenga que desaparecer como disciplina en el movimiento de los años 60. Esta es la opción de un postmodernismo nihilista, que nuestras tres universitarias pretenden neutralizar en la última sección de su libro.

Esta crítica del postmodernismo y la recuperación de los conceptos de verdad y objetividad exceden ya del conocimiento histórico propiamente dicho y, en consecuencia, la seguridad con que se había movido hasta entonces el trío Appelby, Hunt y Jacob aquí comienza a debilitarse. La documentación, más

escasa y menos precia, se ha tomado generalmente más de críticos del postmodernismo que de sus figuras teóricas señeras. El único autor más o menos representativo de este movimiento es Jean-François Lyotard o, mejor dichos, aquellos aspectos de su pensamiento más fácilmente rebatibles.

Tras esbozar una sumaria descripción del postmodernismo, entendido como un antimodernismo artístico, literario y arquitectónico, las autoras pasan a mayores y definen el objetivo primario del movimiento postmoderno como un rechazo de la objetividad del conocimiento, muy especialmente del conocimiento histórico. El postmodernismo, afirman, problematiza la creencia en el progreso, la periodización de la historia y la concepción del individuo como sujeto del conocimiento y de la acción. El sí mismo de cada individuo pelagra con esta teoría postmoderna de la fragmentación de la identidad personal. Ponen como ejemplo a Foucault —que por cierto nunca fue postmodernista— y señalan que la deconstrucción del sujeto socava las premisas del multiculturalismo que necesita Norteamérica. Sin sujeto, dicen, no hay identidad política, ni es posible la autoafirmación que exige el multiculturalismo.

Los postmodernos, aseguran, actúan en el modo del ataque; intentan deconstruir todo lo que lo moderno ha venido a representar. A tal efecto arguyen que las guerras mundiales y los genocidios instrumentados por la ciencia, así como la destrucción masiva de los recursos naturales, la polución y el estrés de las grandes ciudades y los escandalosos desequilibrios económicos del mundo arrojan serias dudas sobre la condición emancipadora de la modernidad y de su idea del progreso. Sólo que como, a la vez, los postmodernos arguyen contra la posibilidad de un conocimiento cierto, sus afirmaciones son salvas de pólvora que dejan intacto el verdadero fondo de la cuestión. El postmodernismo niega la superioridad del presente y desconfía de la utilidad de una visión general del mundo, sea cristiana, marxista o liberal. A su entender, como no hay verdad capaz de sustraerse al influjo de las ideologías, cualquier intento de imponer una opinión no es sino fundamentalismo de la peor especie.

Los argumentos del postmodernismo —alegan las autoras— subrayan el hecho de que, en el seno de la sociedad moderna, la economía política de la verdad (Foucault) toma la forma del discurso científico y de las instituciones producidas por él. Las declaraciones de objetividad y verdad de los científicos forman parte de un juego del poder que las tolera, pero que al final las anula con las prácticas destructivas de sus invenciones. De hecho, la ciencia y la tecnología están continuamente condicionadas por intereses hegemónicos que esterilizan todos las pretensiones teóricas de neutralidad que esgrimen los científicos.

Las autoras recogen todos estos argumentos, aunque los simplifican un poco, y acaban preguntándose si puede tomarse en serio una crítica tan catastrófica. Su respuesta es negativa. Reconocen que la ciencia y la tecnología se ha usado para construir campos de exterminio y bombas atómicas, pero también para iluminar las calles, mejorar las cosechas y prolongar la vida. Finalmente, aunque su juicio sobre el postmodernismo sea negativo, porque no deja espacio para la verdad y la objetividad, conceden que ha suscitado cuestiones interesantes al señalar que los modelos decimonónicos de ciencia y de historia necesitan ser revisados urgentemente.

Las autoras del libro, en fin, aceptan las críticas del postmodernismo, aunque sólo a medias. La objetividad y la verdad son relativas, imperfectas, pero perfeccionables y reales. La objetividad es el resultado de una lucha de intereses sociales, de ideologías y convenciones dentro del marco de una libre búsqueda del conocimiento. En pro de este realismo práctico abogan los conocimientos y el control sobre la naturaleza y el hombre mismo, que han sido adquiridos por la humanidad a través de la ciencia.

Todo este cambio, en fin, pasa por la historia de las prácticas e instituciones democráticas de Occidente y surge de un espacio social relativamente libre para una investigación atenta a las diferencias y el diálogo. Este espacio depende, en definitiva, de la existencia de una genuina sociedad civil, decidida a aceptar sus diferencias. No se trata, sin embargo, de un empresa fácil. Mientras asiáticos, hispanos, homosexuales y afro-americanos se han lanzado a la batalla de establecer su identidad en la historia americana, el fundamentalismo cristiano trata de censurar los textos que representan un reto para sus convicciones religiosas. Bajo tales circunstancias, concluyen las autoras, escribir un libro de historia que abarque la diversidad de la historia de nuestra nación sigue siendo todavía una actividad peligrosa. Lo que ocurre es que sacar adelante una historia multicultural de los Estados Unidos ya no es una opción universitaria: es un imperativo ético y político. Las autoras de esta revisión de la historia de Estados Unidos aceptan que una idea de objetividad que valga para el siglo XXI deberá hacerse tanto por sus defensores como por sus críticos.

Por ello, en lugar de pretender desterrar el relativismo, el postmodernismo, el nihilismo u otras formas de pensamiento solipsista, las autoras de este libro han tratado de aprovechar sus críticas. Creen que son útiles para revitalizar el espíritu de una democracia pluralista que proteja el disenso. Decir la verdad —concluyen— exige un esfuerzo colectivo.